

Sacatepéquez

Sacatepéquez

Sacatepéquez significa “el cerro de sacate”, e identifica a un departamento con una superficie de 465 kilómetros cuadrados y una población de 290,357 habitantes, de los cuales el 42 por ciento es de origen maya y habla kaqchikel y pokomam; el 58% no indígena habla español. Casi todo el departamento se encuentra en las mesetas de la Sierra Madre. La parte sur presenta barrancos y gargantas profundas; la parte norte, por el contrario, muestra un declive menos pronunciado, hasta descender a los valles de Parramos y Chimaltenango.

Sacatepéquez es, además del departamento más pequeño de Guatemala, el más poblado, después de la capital. Predomina el clima templado, que facilita el cultivo de cereales, frutas, hortalizas, caña de azúcar, verduras, flores y café, por cierto de excelente calidad. En Sacatepéquez se asentaron dos de las tres primeras capitales de la Capitanía General de Guatemala, de la cual formaban parte Chiapas, parte de Yucatán, Guatemala, Belice, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Una se asentó en el valle de Almolonga; y otra, en el de Panchoy.

Entre los principales atractivos del departamento figuran el Cerro Alux, San Lucas Sacatepéquez, Santiago Sacatepéquez, el Parque Ecológico Florencia el Volcán de Agua y, por supuesto, la hermosa ciudad colonial de La Antigua Guatemala.

El Cerro Alux, declarado Área Protegida, como reserva protectora de manantiales, se localiza en la Carretera Interamericana, poco antes de arribar a San Lucas Sacatepéquez. Se trata de un sitio ideal para desarrollar actividades al aire libre, gracias a que la municipalidad de la citada población ha creado el Parque Ecológico Senderos de Alux, lugar propicio para compartir un día de campo y gozar de la tranquilidad de la montaña. Esta reserva cuenta con una superficie total, aproximada, de 53.72 kilómetros cuadrados.







En San Lucas Sacatepéquez, a 30 kilómetros de la ciudad capital, se cultiva diversidad de frutas y verduras. Muy cerca del camino se encuentra el mercado, recientemente sometido a remodelación, donde cabe adquirir gran variedad de vegetales frescos, producidos en la localidad. Asimismo, se pueden adquirir algunas artesanías, o pasar un rato agradable con la familia o con amigos, disfrutando del clima -generalmente frío- mientras se toma atol de elote o se comen unas tortillas con carne adobada, chorizo o longaniza.

Más adelante, a 3 kilómetros de San Lucas, se encuentra Santiago Sacatepéquez, un poblado pintoresco, digno de ser visitado, sobre todo el 1 de noviembre, fiesta de Todos los Santos, cuando los lugareños ponen a volar grandes barriletes, muchos de ellos con diámetros mayores a los siete metros. Se los decora principalmente con papeles de colores vivos y de formas llamativas, y en estos papalotes los nativos generalmente plasman alguna inquietud o los adornan con dibujos que narran historias o representan algún motivo especial.

Esta tradición, al parecer, data de los tiempos de la colonia, y en ella, como en todo lo guatemalteco, se funden lo cristiano y lo pagano. Cuentan que, hace muchísimos años, los brujos del pueblo ordenaron volar papeles de colores que, al elevarse con el viento, produjeran ruido, con el fin de ahuyentar a los malos espíritus que merodeaban por los cementerios antes del día de los difuntos. También se dice que los barriletes son una vía de comunicación con Dios, a tal punto que en el cordel que sujeta los barriletes, las personas deben colocar sus peticiones al Creador, y este las recibirá.

Ya en camino a La Antigua Guatemala, en jurisdicción de Santa Lucía Milpas Altas, en el kilómetro 35, se localiza el Parque Ecológico Florencia. Allí se pueden practicar deportes al aire libre, disfrutar de un día de campo e incluso acampar. Funciona allí un museo donde se exhiben objetos de principios del siglo XX, propios de fincas dedicadas a la producción de lácteos, café y maíz. También hay una pequeña piscina, así como condiciones propicias para cabalgar o para caminar por alguno de los dos senderos existentes.

La Antigua Guatemala

A 45 kilómetros de la ciudad capital, en el hermoso valle de Almolonga, descansa, imponente, la ciudad de La Antigua Guatemala, conocida por primera vez con este nombre en un documento oficial del 24 de julio de 1774.

Se fundó en 1543 por Francisco de La Cueva, y fue la tercera sede de la capital del Reino, con el título, otorgado en 1566 por el Rey Felipe II, de Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Santiago. La capital estuvo asentada por breve tiempo en Iximché, muy cerca de la cabecera municipal de Tecpán, y luego, en el valle de Almolonga, donde se estableció en 1527. Esta urbe fue destruida, en 1541, por un alud de lodo y piedras que descendió del Volcán de Agua, llamado Hunahpú por los indígenas.



Plaza Mayor y Catedral de Antigua Guatemala. LMeléndez.

Vale la pena recordar brevemente este hecho. Era el 11 de septiembre de 1541, y el luto dominaba a la joven ciudad, pues doña Beatriz de la Cueva había enviudado, al fallecer el conquistador Pedro de Alvarado. Invasión por el dolor, mandó pintar de negro su palacio, y fue nombrada gobernadora de Guatemala, el 9 de septiembre de ese mismo año. Se le conoció entonces como “La Sinventura Doña Beatriz”.

Una fuerte lluvia azotó la región durante varios días, y sin embargo, los españoles hacían que los indígenas trabajaran bajo la torrencial lluvia. Los ancianos advertían a los españoles que el Gran Hunahpú estaba enojado por su soberbia, pero estos no hicieron caso. A eso de las tres de la madrugada del 11 de septiembre, al parecer se produjo un sismo y el agua sobrepasó el nivel del cráter volcánico donde se había depositado. Una correntada de agua y lodo descendió de la cima de Hunahpú, arrastrando a su paso árboles y rocas. La ciudad quedó sepultada bajo toneladas de agua y lodo, y permanece aún así, en el área que hoy día corresponde al poblado de San Miguel Escobar. La Sinventura murió, sepultada junto con sus damas, en la capilla del palacio, y desde entonces se le dio el nombre de Volcán de Agua al Gran Hunahpú.

Volviendo a la Ciudad de Santiago, debe precisarse que, por estar en una región sísmica, fue sacudida en varias ocasiones por sismos más o menos severos que obligaron a sus habitantes a construir muros, muchos con paredes de hasta un metro de grosor, y edificios más bien bajos. Los campanarios de las iglesias se construyeron menos altos que los europeos, y en general, todos los edificios eran de poca

altura. Otra característica de gran interés son las grandes ventanas de esquina que adornan las casas con hermosas flores que los antigüeños colocan en los balcones de madera o hierro forjado. Por su parte, las puertas de madera, enmarcadas en portales de piedra, debían dar paso tanto a personas como a carruajes y caballos, por lo cual eran de grandes dimensiones y muy pesadas. Para poder unir los tablones, se utilizaron grandes clavos y fajas de hierro que los artesanos adornaban con figuras de flores y animales.

En 1773, la ciudad contaba ya con más de cincuenta edificios importantes, y aunque ya era del conocimiento popular el peligro generado por los seísmos, los habitantes no sospechaban que, ese mismo día, fuertes temblores sacudirían la ciudad. Son los terremotos de Santa Marta, así llamados por celebrarse el 29 de julio la fiesta de esta Santa. La ciudad sufrió severos daños, no tantos como para justificar su traslado al valle de las Vacas.

Hoy día, la Ciudad de Santiago o La Antigua Guatemala, es sin duda uno de los centros turísticos más emblemáticos de Guatemala, y una ciudad única en el mundo: calles empedradas, casas que conservan el estilo colonial, edificios públicos y eclesiásticos en ruinas, sin que se haya perdido la traza original de la urbe, hacen de la ciudad una verdadera joya arquitectónica, enriquecida por el clima envidiable.

El hecho de que la Antigua Guatemala aún conserve las características de la arquitectura y el urbanismo colonial, se debe en gran medida a que la ciudad fue prácticamente

abandonada luego de los terremotos de 1773, por órdenes del Capitán General Martín de Mayorga. La mayoría de los edificios y casas fueron despojados de puertas, muebles, obras de arte y ornamentos, para ser trasladados a la Nueva Guatemala de la Asunción, y sobre la urbe se abatieron diversos seísmos, en particular los terremotos de 1917-1918 y 1976. A principios del siglo XIX, con fondos económicos limitados, se inició la restauración de una parte de de la Catedral y, a finales del mismo siglo, la de algunas partes del Palacio de los Capitanes Generales. No fue hasta 1943, como consecuencia de la conmemoración del Cuarto Centenario de la traslación de la ciudad, cuando se remozaron las principales ruinas de Antigua Guatemala.

El 30 de marzo de 1944, por medio del Decreto 2772 de la Asamblea Legislativa, se declaró a La Antigua Guatemala “Monumento Nacional” y se promovió la primera legislación protectora de la ciudad, a cargo de la Municipalidad de La Antigua, con el apoyo del entonces Instituto de Antropología e Historia (fundado en 1946). En 1965, la VIII Asamblea General del Instituto Panamericano de Geografía e Historia declaró a la urbe como Ciudad Monumento de las Américas, y el 28 de octubre de 1969, el Congreso de la República emitió el decreto 6069, Ley Protectora de la Ciudad de La Antigua Guatemala.

Este cuerpo legal permitió la fundación del Consejo para la Protección y Conservación de Antigua Guatemala, entidad estatal descentralizada que se ocupa de la protección, conservación, restauración y mantenimiento de los bienes muebles e inmuebles de la ciudad y sus áreas circundantes. Finalmente, en 1979, La Antigua Guatemala fue declarada “Monumento del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural”, por la Unesco.

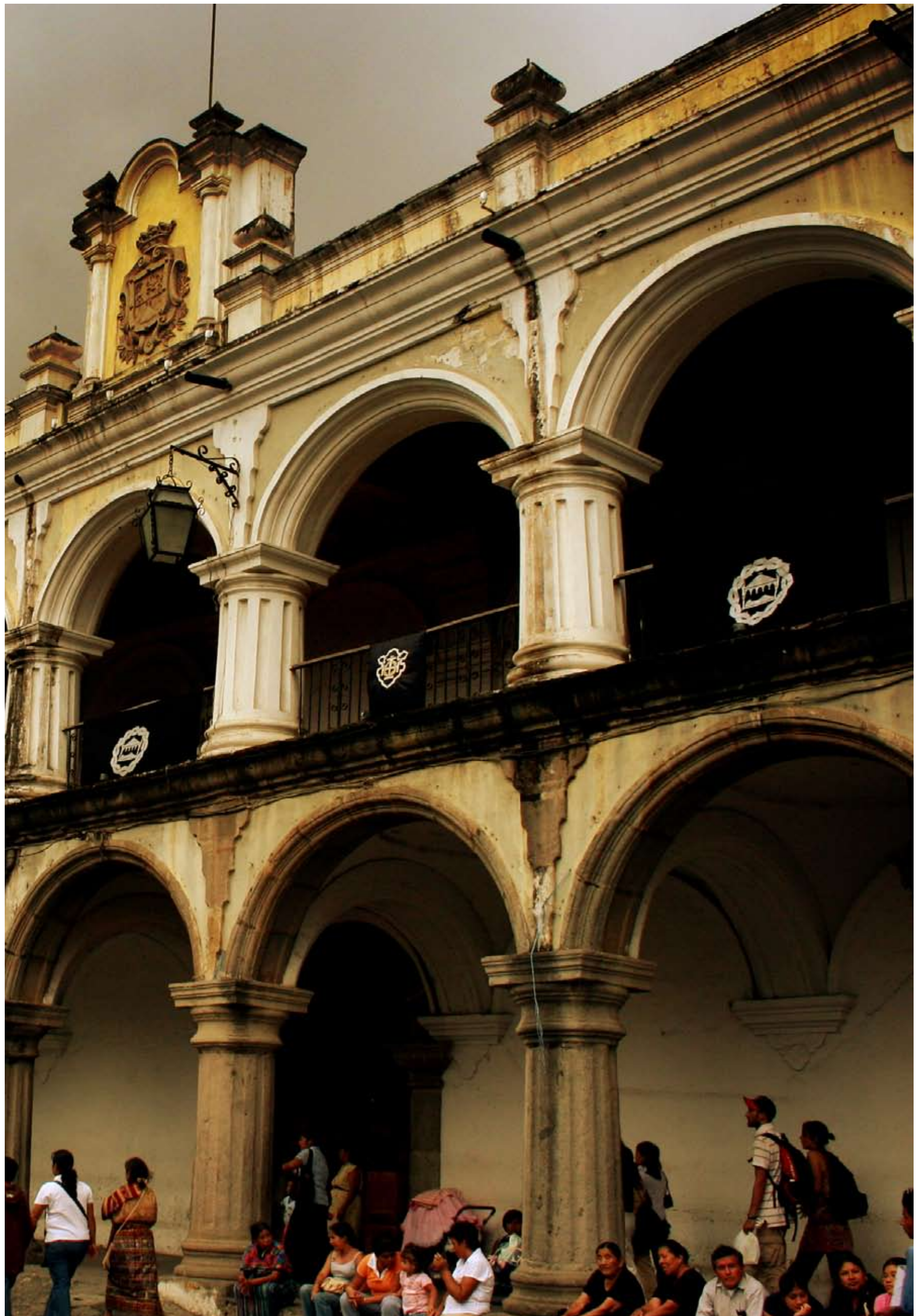
A la usanza española del siglo XVI, y en acatamiento a las Leyes de Indias, el trazo sigue el sistema de calles tiradas a cordel con orientación norte-sur y oriente-poniente. En el centro de la ciudad está la Plaza Mayor, con la antigua Fuente de Las Sirenas, obra construida en 1739 por Diego de Porres. Según cuentan las leyendas, estas sirenas representan a las cuatro hijas de un rey que fueron amarradas por su padre a un palo, cerca de un ojo de agua, por haberse negado a amamantar a sus hijos. Rodean al parque, siguiendo el tradicional trazo de parrilla tan utilizado en la urbanística española de la colonia, el Palacio de los Capitanes Generales, el Ayuntamiento, la iglesia de San José, anteriormente Catedral de Guatemala, el Palacio Arzobispal y el Portal del Comercio.

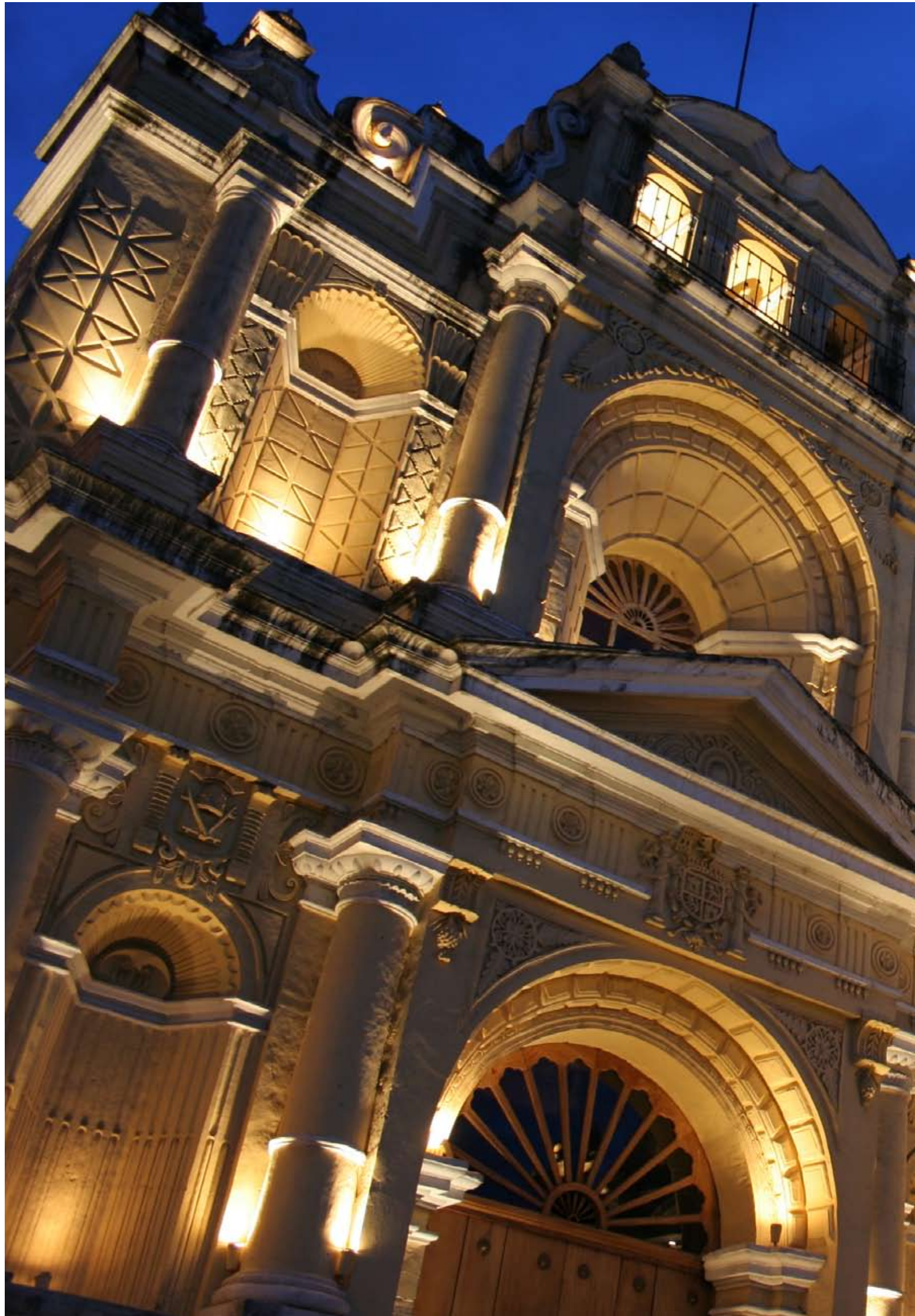
Vista de la entrada principal a la ciudad de Antigua Guatemala.
Atrás, Volcán de Agua, Volcán Acatenango y Volcán de Fuego.
L.Meléndez.















Los sitios arquitectónicos más sobresalientes de La Ciudad de las Ruinas

El Palacio de los Capitanes Generales ubicado al sur de la Plaza Mayor, consta de dos niveles, y una fachada de doble arquería, con columnas toscanas. Luego de los terremotos de 1773, se intentó trasladarlas al Valle de la Ermita las columnas del edificio, lo que no fue posible por el peso de las mismas. Durante los siglos XVI y XVII resguardó al representante del rey; actualmente, la parte que no está en ruinas alberga las oficinas de la Gobernación departamental y de información turística del Inguat. Por su parte, el Palacio del Ayuntamiento se localiza al norte de la Plaza, conserva su forma original desde 1743 y es, de los edificios antes citados, el que mejor se conserva. La impresionante fachada de dos niveles muestra una arquería de piedra maciza, y el muro oriental es uno de los pocos que se conservan con revestimiento de piedra tallada. En la época colonial funcionó allí “la cárcel del pobre” En la actualidad, es sede de las autoridades municipales y del Museo del Libro Antiguo.

La Catedral –que en su mayor parte se halla en ruinas- ocupa el sector oriental de la Plaza, juntamente con lo poco que se conserva del Palacio Arzobispal, cuya construcción data de los primeros años del siglo XVIII. Este se localiza al norte de la Catedral, y era una construcción de dos niveles, de una gran calidad arquitectónica. Fue destruido por los sismos, y hoy cabe admirar los marcos de piedra maciza de las puertas y los restos del claustro, así como de la cocina, que dan fe de la espléndida calidad arquitectónica de este edificio.

Izquierda. Detalle de vitral ubicado dentro de la Catedral de Antigua Guatemala con vista al Parque Central de esa misma ciudad. El árbol que se observa es llamado Llama del Bosque, *Spatodea campanulata*, por sus coloridas hojas rojas. *L.Meléndez.*

Arriba. Detalle de la fuente colonial ubicada dentro de las ruinas de la antigua Catedral de Antigua Guatemala. *L.Meléndez.*

La Catedral se construyó entre 1543 y 1680, dedicada a San José, con una fachada barroca, elaborada en argamasa blanca. Hubo una antigua Catedral, realizada con mucho esfuerzo, pues los fondos para su construcción eran escasos. La edificación se inició en 1542, y el primer techo que se le colocó fue de paja, más tarde sustituido por uno tallado en madera. El edificio fue demolido, y en 1680 se inauguró la nueva Catedral. Esta poseía hermosas cúpulas de gran altura; la fachada —aún en pie— de estilo barroco, y detalles renacentistas, así como un bello atrio y una invaluable colección de imágenes coloniales, entre las que destaca el Cristo del Perdón. La dignidad de Metropolitana, le fue concedida en 1743, por el Papa Benedicto XIV.

A un costado de la Catedral aparece el edificio de la Universidad de San Carlos de Guatemala, fundada en 1676, aunque la docencia se inició cinco años más tarde, en el Colegio Mayor de Santo Tomás, a cargo de los frailes dominicos, hoy reconstruido y remodelado como centro cultural de la ciudad casa de estudios. Debe anotarse, además, que en 1687 el papa Inocencio X otorgó a la Universidad la categoría de Pontificia. Luego de los sismos de 1751, el inmueble donde aquella funcionaba quedó destruido por completo, y se edificó entonces una de las construcciones más sólidas de la ciudad, vecina al Colegio Tridentino. El edificio casi no sufrió daños a causa de los terremotos de 1773, y siguió en funciones hasta 1775, cuando a la Universidad se le ordenó trasladarse a la Nueva Guatemala de la Asunción.

La Casa de los Leones, así llamada a causa de su peculiar fachada, es uno de los pocos restos de arquitectura civil que se conservan en la rancia ciudad. Se encuentra en la Calle de Santa Catalina, y aloja hoy al hotel Posada de Don Rodrigo, junto con otras dos casas coloniales. Esta Casa, declarada un monumento histórico por la exquisitez de su arquitectura, fue la residencia de don Juan Bautista Álvarez de las Asturias. Dos leones esculpidos en piedra adornan la puerta principal, y adentro, en el recinto del hotel, admiramos una cuidadosa restauración. Se avanza por hermosos pasillos adornados con plantas verdes, y se disfruta de una bella fuente. Parte del mobiliario procede de la época colonial, así como otros adornos e instrumentos, además de los balcones y puertas de gran belleza.

El convento de monjas llamado de La Inmaculada Concepción de María (popularmente conocido como La Concepción), se ubica en la salida poniente de la ciudad, y ocupó un extenso predio. Fue el primer convento de mujeres que hubo en la ciudad colonial, y aunque ya estaba construido para el año 1620, el templo no se terminó sino hasta 1729. Lo fundaron una abadesa y tres monjas procedentes de México. En





el recinto se instruía a las religiosas en asuntos religiosos, música, coro, costura y cocina. Este convento era de los más lujosos de la ciudad, y llegó a albergar a más de cien monjas y 140 pupilas, además de 700 criadas, lo que da una idea de la suntuosidad del convento. Es célebre porque una de las monjas fue la poetisa Sor Juana de Maldonado y Paz (1598-1666), quien -se dice- llegó a contar con una verdadera mansión dentro del convento.

En 1535, traídos por el obispo Francisco Marroquín, vinieron a Guatemala cuatro dominicos, ente ellos fray Bartolomé de las Casas, a quien se le encargó que continuara la obra que en 1529 inició fray Domingo de Betanzos. Se fundó entonces el que llegaría a ser el convento más grande y rico de la ciudad.

Al final de la 2ª. calle oriente se conservan las ruinas de la iglesia y del monasterio. El templo era, sin duda, de gran belleza, y en su interior había excelentes obras de imaginería que luego fueron trasladadas a la nueva capital. En la fachada, dos torres, en una de las cuales se exhibía el primer reloj traído a Guatemala, por fray Domingo Azcona, en 1553. El claustro del monasterio aún guarda una hermosa fuente decorada con azulejos genoveses. Hoy día, el complejo ha sido restaurado, dando paso a un centro cultural y a uno de los hoteles más importantes de la ciudad.

El convento de Nuestra Señora Santa Catalina Virgen y Mártir se estableció en 1606, en el sitio que luego ocupó la Iglesia de San Agustín, a dos cuadras de la Plaza Mayor. El 10 de mayo de 1613 se trasladó al lugar que ocupó hasta 1773, sobre la avenida que de la Plaza Mayor conduce al templo de La Merced. Fue el segundo convento para mujeres que se fundó en La Antigua, y la cantidad de monjas fue creciendo tanto que resultó necesario comprar otro edificio, frente al que ya existía. Se construyó entonces el Arco de Santa Catalina, estrenado el 15 de septiembre de 1647, uno de los principales atractivos de la ciudad colonial, a tan solo dos cuadras de la Plaza Central. Este arco, por el que corre un pasadizo, cumplía con el fin de que las monjas de pudiesen trasladarse, sin ser vistas, desde el claustro hasta la capilla y el colegio. El arco sufrió serios daños durante los terremotos de Santa Marta, pero fue reparado en 1853.

La iglesia y monasterio de Nuestra Señora de Las Mercedes se encuentra a tres cuadras de la Plaza Mayor, sobre la 1ª. calle. Fue este el primer monasterio para hombres establecido en la ciudad, y la construcción se inició en 1552, pero aunque se estrenó en 1760, no fue sino hasta 1767 que se terminó, debido a que, por los constantes sismos, frecuentemente se

estaban realizando reconstrucciones. En su hermosa fachada barroca, de estuco amarillo y con motivos indígenas, única en Centro América, se encuentra en el nicho central la imagen de la patrona de la ciudad, Nuestra Señora de las Mercedes. Ocho columnas salomónicas, adornadas con un diseño de hojas, adornan también la fachada.

El templo consta de tres naves y posee una cúpula realmente hermosa, además de dos torres de campanarios. Contiguo al templo se halla el monasterio, en el cual se encuentra la fuente más bella en toda Antigua Guatemala, y la más grande de Hispanoamérica, la cual posee una taza central de donde cae el agua. Cuando ocurrió la ruina de la ciudad, los retablos, pinturas, esculturas y otras obras fueron trasladados al nuevo templo de La Merced, en la Guatemala de la Asunción. En el antiguo templo de La Merced, se conserva la imagen de Jesús Nazareno, de Alonso de Paz.

Cerca de La Merced están las ruinas del templo de San Sebastián. Afligidos por los constantes sismos que sacudían la ciudad, y en especial después de los de 1565, los habitantes de la ciudad decidieron erigir esta iglesia. Con este propósito, eligieron una pequeña colina, conocida como San Jerónimo. Estrenaron el templo en 1582, pero un terremoto lo derribó en 1689. Fue reconstruido y reestrenado el 18 de enero de 1692. Luego del traslado de la urbe, otro sismo lo destruyó en 1874, y hasta nuestros días no se conservan más que las ruinas de sus muros laterales.

Ubicados al final de la primera calle poniente, se encuentran los restos del que fuera conocido como Convento del Colegio de Cristo de Recoletos de Nuestro Padre de San Francisco. En 1685, llegaron a Guatemala los frailes recoletos, con la intención de establecer aquí su misión. Estuvieron viviendo por cuatro años en El Calvario, y la falta de fondos no les permitió poner la primera piedra de su convento hasta en 1701. Se establecieron mientras tanto en un rancho con techo de paja. Lograron, con todo, erigir un templo y un convento de gran dimensión, hoy totalmente en ruinas.

El Colegio, Iglesia y Convento de la Compañía de Jesús formaban un complejo arquitectónico sobresaliente, que abarcaba una manzana, el cual se encuentra parcialmente en ruinas. El 18 de julio de 1626, los jesuitas estrenaron el templo de la Compañía de Jesús, ubicado en la 4ª. calle oriente, a una cuadra de la Plaza Mayor. La iglesia era de singular construcción; en la fachada, destacaban estatuas de estuco, y en las bóvedas subterráneas fueron sepultados jesuitas y personas notables.

Como se sabe, los jesuitas fueron expulsados de los dominios

españoles en 1767, pocos años antes de los terremotos de Santa Marta, que dieron por tierra con el citado complejo. Dado el abandono en que cayó la ciudad, el atrio del referido templo y los restos del colegio y del convento fueron utilizados hasta hace poco tiempo como un mercado. El colegio alcanzó notable calidad, y en él enseñó el gran poeta neoclásico Rafael Landívar.

En la década de 1990, parte de los claustros y salones fueron restaurados por la Agencia Española de Cooperación Internacional, y se convirtió al edificio en un centro cultural de primer orden.

La Orden de los Frailes Menores –franciscanos- fue una de las primeras que se establecieron en la antigua ciudad, en 1542, aunque, como hemos visto, otra rama de ellos fundó mucho tiempo después el convento recoleto. En un principio, los franciscanos se instalaron en la Escuela de Cristo, templo y convento que hoy se halla en funciones. Luego, se trasladaron al lugar que hoy ocupan, en la 7ª. calle oriente y 1ª. avenida sur.

Desde 1575, se impartían cátedras de Filosofía, Teología y Cánones, en su primera Casa de Estudios, ubicada en la Capilla de San Buenaventura, y en 1579 se iniciaron los trabajos de construcción del templo, que hoy se aprecia inmerso en las ruinas del que fue Convento de los Frailes Menores, uno de los más grandes de la Ciudad de Santiago.

El templo fue reconstruido en la década de 1960, en medio de airadas protestas de numerosos profesionales y estudiantes universitarios, que se inclinaban por la decorosa conservación y mantenimiento de las ruinas. De todas formas, hoy cabe admirar la imponente fachada central, con hermosas columnas salomónicas almohadilladas, y con dieciséis nichos, aparte del colocado sobre la puerta. Se puede observar, además, la gran ventana que daba al coro alto. En este templo se encuentra la Capilla de la Tercera Orden, donde descansan los restos del Santo Hermano Pedro de San José de Betancourt, además del museo del Santo Hermano Pedro, donde se conservan algunas de las pertenencias del santo.

Atrás de San Francisco están las ruinas de la Ermita de la Santa Cruz, cuyos orígenes datan de 1664, cuando unos frailes dominicos pidieron autorización para edificar en el barrio de Santa Cruz un nuevo edificio con fines conventuales, para atender a los pobladores del barrio: indígenas, mulatos y mestizos. Los restos del templo permiten valorar la belleza que poseyó. Desde la década de 1950 la fachada recibe cuidados especiales, ya que sirve como fondo para presentación de obras teatrales, musicales y similares.

En San Francisco comienza la Calle de los Pasos, llamada así porque a lo largo de ella se levantan pequeñas capillas que contienen los pasos del Vía Crucis, devoción que, en remotos siglos, practicaba, siguiendo esta ruta, el Santo Hermano Pedro. Justamente en esta calle se localiza el templo de la Escuela de Cristo, a cargo, desde 1689, de la Congregación de San Felipe de Neri. Su estilo y los materiales de la construcción establecen notables diferencias con el resto de templos antiguos, excepto el de Capuchinas. Y es que ambas estuvieron a cargo del notable maestro Diego de Porres.

Atrás de la Escuela de Cristo se levantan la iglesia y el convento, reconstruidos, de la orden betlemita, fundada por el santo Hermano Pedro. Por cierto que a pocos metros del templo hay una pequeña casa donde él se alojó por algún tiempo y en la cual murió en 1667.

El templo cuenta con una fachada colorida, de rasgos barrocos, y es amplio, de una sola nave. El convento se emplea para fines educativos y de formación religiosa.

Ya cuando la Calle de los Pasos desemboca en la Alameda del Calvario, asoman las ruinas del templo de Nuestra Señora de los Remedios, es uno de los primeros que hubo en la ciudad (la construcción comenzó circa 1575). Tuvo la categoría de parroquia, prestó especial atención a los indígenas y la atendió la Orden de los Frailes Agustinos. La hermosa Alameda del Calvario termina en la Ermita de El Calvario, un templo sencillo, con una sola nave. construido a solicitud de los franciscanos, como culminación de las capillas del vía crucis, situadas a lo largo de la calle de Los Pasos. La obra primera data del siglo XVII, y fue abatida por el terremoto de 1717. Se edificó una nueva ermita finalizada en 1720. El Calvario fue lugar donde habitó por algún tiempo el santo Hermano Pedro, quien sembró el árbol de esquisúchil que allí se conserva con esmero.

Del templo de San José el Viejo, localizado en la 5ª avenida sur, al final de la 8ª calle poniente, se conservan solamente las ruinas de la fachada y los muros. La fachada cuenta con dos torres gemelas que sostienen a los campanarios columnas con detalles circulares, aunque no en espiral como las columnas salomónicas. Se sabe que tuvo retablos de importante valor artístico. La iglesia data de 1762, y recientemente ha sido objeto de trabajos de mantenimiento. Sin temor a equivocarse, se puede afirmar que San José el Viejo es un tesoro que pasa inadvertido para mucha gente.

zz

El Templo y Monasterio Femenino de Clausura de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza (Capuchinas), el último que





Vista de la 5 avenida norte, conocida actualmente como Calle del Arco. L.Meléndez.

se fundó en Santiago de Guatemala, se encuentra en la 2ª avenida norte y 2ª calle oriente. Es una obra monumental y muy bien conservada. La licencia de construcción data de 1725, y la obra corrió a cargo de Diego de Porres.

La iglesia de Capuchinas, a diferencia de la mayoría de las de la urbe de Santiago, está revestida de piedra tallada y cuenta con una sola nave central, con una entrada por el lado de la fachada y otra por su lado sur. El coro alto se colocó sobre la entrada principal, de cara al altar mayor; el coro bajo estaba a la par del clérigo, y detrás del atrio, la sacristía, que comunicaba a la casa del capellán. Tanto el templo como el convento están contruidos con piedra, en un estilo herreriano, reminiscencia de El Escorial.

Situada al norte de la fachada de la iglesia está la portería, única entrada y salida al convento, donde una puerta da a la calle, y la otra al monasterio. A la par de esta puerta interior se encuentran el locutorio y el torno, única vía de comunicación de las monjas con sus parientes, y por donde se intercambiaban objetos. La puerta interior comunica al claustro: con sus columnas toscanas se forman cinco arcos de medio punto en cada uno de los cuatro lados del patio principal.

Subiendo las gradas del claustro se accede a la segunda planta, hoy día descubierta, y por donde se pasa al coro

alto por el lado sur, y a los dormitorios, por el lado norte. Desprovistos ya de paredes divisorias, se puede apreciar en los muros que hoy día se conservan, que cada una de las cuarenta y ocho celdas contaba con una pequeña ventana y un nicho cuadrado.

Desde la parte baja del claustro es posible también ingresar a un patio donde se sitúa la cocina, y la entrada a la edificación más característica de este monasterio, una torre, casi circular (con doce metros de diámetro), de tres plantas. La primera planta es semisubterránea, y algunos sugieren que probablemente fue utilizada como despensa. Al pie de las gradas que conducen a esta hay una habitación en forma de anillo, que posee en el centro un pilar de más de 3 metros de diámetro y una ventana que da hacia el este.

En la segunda planta, se encuentra un patio circular, alrededor del cual se erigen dieciocho celdas, todas diferentes, aunque similares. Estas celdas tienen uno o dos pequeños armarios, un nicho con una pequeña abertura tubular en la parte superior, para la salida del humo de las velas que allí se colocaban, y un retrete que conectaba al sistema de desagües de todo el edificio, y finalmente, al sistema de drenajes de la ciudad. Por la parte exterior de la torre se localizan diecisiete hornacinas con un orificio en la parte superior de la bóveda, y dos anillos de piedra a los lados. La finalidad imprecisa de las celdas,



así como de las hornacinas exteriores, ha hecho que a esta torre se le conozca como “Torre de Retiro”, “Torre del Noviciado”, e incluso “Torre del Martirio”. Subiendo por las gradas que dan a la segunda planta, se puede llegar a observar el sistema hidráulico que caracteriza este edificio, el cual rodea la torre, al igual que el sistema de desagües. Este conjunto constituye la parte más original del monasterio. Los tres pisos, sostenidos por una sola columna circular situada en el sótano, constituyen una audaz característica estructural.

Muy cerca de este convento aparecen las ruinas de la ermita de Nuestra Señora del Carmen, cuya construcción se inició en 1638. Los sismos forzaron varias veces el reinicio de las obras, hasta concluir las en 1728. Fue una de las más bellas y ricas iglesias de la ciudad, y hoy solamente se puede apreciar la fachada, de ladrillo, cubierta de estuco, con columnas de los órdenes dórico y jónico.

La Ciudad de Santiago y el gran Hunahpú

Al caminar por la Antigua Guatemala es posible apreciar, casi desde cualquier sitio, el majestuoso Volcán de Agua. Tras los grandes paredones de las casas, adornados con las buganvillas que se cruzan en la perspectiva, se alza el Gran Hunahpú, volcán extinto, que posee uno de los conos montañosos más perfectos del mundo. Se encuentra a pocos kilómetros de La Antigua Guatemala, y para ascender a él, por lo general hay que ir al pueblo de Santa María de Jesús. El camino hasta la cumbre puede tomar unas tres horas a pie, desde el final de la calle asfaltada. Sin embargo, es posible ascender en mula.

De cualquier manera, el camino de ascenso hacia la cresta es una experiencia inolvidable. Al subir se van atravesando los cultivos de café y maíz y las vistas del pueblo y los alrededores es impresionante. Para llegar a la cumbre, la cual se encuentra a una altitud de 3,765 metros sobre el nivel del mar, existe una vereda que atraviesa el bosque, pero mientras más se sube, es preciso recurrir a senderos, que se vuelven cada vez más estrechos y resbalosos (debido a la humedad del lugar). Al llegar a la cumbre, se observa una serie de cruces que finalmente terminan en una capilla de piedra en la cima del volcán. La vista es maravillosa, aunque el frío puede volverse intenso.

Semana Santa en La Antigua Guatemala

La Semana Santa se vive en La Antigua de manera especial, y las celebraciones son, sin lugar a dudas, un acontecimiento inolvidable, lleno de tradición y belleza, que año tras año atraen a miles de fieles y de turistas para presenciarlas. Una amplia gama de hechos han surgido alrededor del sentimiento de penitencia que se vive en esta época: leyendas, platillos típicos, elaboración de alfombras y, sobre todo, las procesiones, que aunque tienen una gran influencia española, han tomado diferentes matices en estas tierras.

Desde hace siglos, los católicos, en actitud de mortificación, y preparándose para celebrar la Resurrección, ayunaban y se abstenían de carnes rojas el Miércoles de Ceniza, los viernes de Cuaresma y el Viernes Santo. A raíz de esta tradición, empezaron a elaborarse diversidad de patillos a base de pescado, verduras, huevo, azúcar. Así se gestó un recetario culinario peculiar, no solo en La Antigua sino en todos los países de tradición católica.

Durante la Semana Mayor, miles de personas se congregan en las calles empedradas de La Antigua, para elaborar las alfombras de aserrín y de flores, por donde más tarde pasarán en procesión las imágenes de Jesús y la Virgen María. Las alfombras de esta ciudad son extraordinarias y constituyen una ofrenda de gratitud de los fieles, a la vez que un arduo proceso de elaboración asumido con sentido penitencial.

En verdad, las procesiones abundan durante la Cuaresma, pero culminan en la Semana Santa. Una banda de música interpreta hermosas marchas fúnebres que acompañan los cortejos sacros, y tras una cortina de humo con olor a incienso, aparecen los penitentes, en Guatemala llamados “cucuruchos”, ataviados con túnicas, cargando, o dispuestos a cargar, la imagen del Nazareno. Las alfombras, cuya elaboración ha sido concluida luego de largas horas de trabajo, sucumben ante el paso de los penitentes con el Cristo en andas. Tras la imagen de Jesús asoman las de la Virgen Dolorosa, San Juan Apóstol y María Magdalena, y tras ellas va otra banda de música.

La ciudad vive una semana peculiar, sobre todo el Jueves y el Viernes Santos, en una atmósfera donde se funden, en peculiar sincretismo, el fervor sagrado y las tradiciones seculares. Sin duda, vale la pena vivir la Semana Santa antigüeña.



Arriba derecha. Vista de cuarto subterráneo y marco de piedra maciza de Antigua Guatemala. *LMeléndez*. Abajo derecha. Detalle de cerradura y textura de una puerta tradicional de Antigua Guatemala. *LMeléndez*. Izquierda. Vista del patio secundario de las ruinas de la Iglesia de Santa Clara, Antigua Guatemala. *LMeléndez*.



